

*La «Misa de Requiem», de Mozart, por  
la Capilla Clásica del Orfeón de Huesca.*

El Orfeón de Huesca, institución de cultura musical, que viene honrando a la ciudad desde hace cinco lustros, ha querido ponerse en vanguardia de la conmemoración universal del segundo centenario del nacimiento de Wolfgang Amadeo Mozart, ocurrido en Salzburgo (Austria), el 27 de enero de 1756, disponiendo un concierto en honor del preclaro compositor, todo de obras suyas, a cargo de su «Capilla Clásica» y la orquesta.

Este concierto, de índole sacro exclusivamente, lo ha dado en el Teatro Principal, el día primero de junio. El motivo era poderoso, el atractivo grande y la expectación subida, porque el Orfeón tomó a su cargo una tarea ímproba, solamente reservada, hasta ahora, a las grandes poblaciones que cuentan con medios corales e instrumentales y económicos, abundantes: interpretar una obra de vuelos colosales famosísima por las bellezas que contiene, la Misa de Requiem, terminada ante los apuntes de Mozart por su distinguido predilecto Süsmayer.

En el programa de la audición, a manera de introducción, la Capilla Clásica dió su versión de cinco canciones religiosas, por cuarteto vocal, solos, coro mixto, instrumentos de arco, y con orquesta el «Alleluia», que hubo de ser repetido por deseo de los oyentes, y eso que lo ha cantado otras veces. El orfeón, en perfecto acuerdo con la orquesta, cantó primorosamente, con matiz depurado, suavidad y ajuste, destacando los solistas Carmen Lorés, Pilar Bergua, Justo Soro y Luis Palacín. Todo sonó muy bien.

Las dos partes siguientes del programa las llenó el «Requiem». En esta obra, calificada de «canto del cisne de Salzburgo», y yo diría «testamento artístico» de Mozart, ciertamente genial, se nos ofrece el Mozart íntegro, completo, que acomoda su inspiración y sus recursos técnicos al texto litúrgico con grandeza expresiva, que en ocasiones nos da como la sensación de un Mozart nuevo, con aquellos contrapuntos desbordados casi constantes y aquellas fugas del mejor recuerdo bachista en el «Kyrie», el «Sanctus», la «Comunión»; aquella técnica severa, que supone un avance evolutivo breve del malogrado maestro. Dicho está con ello que la partitura, tanto de voces como instrumental, de esta misa,

una de las composiciones de música religiosa mejor construídas de todos los tiempos—sin excluir a Juan Sebastián Bach y a Beethoven—, está erizada de dificultades.

La interpretación que se le dió fue continuada sorpresa. Nunca, a mi modo de ver, ha cantado el Orfeón con la seguridad, la disciplina y el matiz que al darnos la audición de la «Misa de Requiem», de Mozart; y por eso, el triunfo de esta masa coral fue clamoroso. Los solistas Laura Sánchez—voz preciosa y potente—, Pilar Bergua, Esperanza Elpuente, Paz Ezquerro, Eusebio Tierz y José Luis Gil, atacaron sus solos con seguridad destacable—ahí están las «fugas»—e inflexiones delicadas de cantantes de profesión. Bien se echó de ver el cariño con que la Capilla Clásica y los músicos interpretaban.

La orquesta también actuó con justeza; en ella figuraban profesores de la Sinfónica de Zaragoza. Claroscuro, compenetración, disciplina se apreciaron en los profesores ante una partitura complicada, donde no es posible repentizar. Y de acuerdo voces y orquesta, nos regalaron una versión del «Requiem» mozartiano bella y emocionante, que—lo declaro sin rebozo—a mí, y a muchos, nos dejó atónitos.

Del director, José María Lacasa Coarasa, aún he de decir algo que añadir a lo que de sus dotes de compositor y conductor he manifestado otras veces. Alcanzó la cima directorial al frente del conjunto. Fue el director que atiende, recoge y matiza con escrupulosidad; para quien no hay pasaje inabordable, y consigue aunar con aplomo y vibraciones singulares. Ya el intento de dar en Huesca el «Requiem», de Mozart, solamente interpretado en España—que yo sepa—, en Madrid, Barcelona y San Sebastián, merece la gratitud de todos. Y el logro ha sido tan cumplido, que a José María Lacasa corresponde en justicia la mayor parte de las ovaciones que resonaron en la sala del Principal. De él, que ha conseguido con no poco esfuerzo y tesón que cantores y músicos entren de lleno en la inmortal producción del genio de Salzburgo, es el éxito como compendio y alma de la actuación. Jornada memorable en los fastos musicales de la ciudad.

Estos fastos musicales ya son copiosos, por el Orfeón y por la Sociedad de Conciertos, a quien iba dedicada la audición, en correspondencia a la que ésta ofreció el año pasado al celebrar el Orfeón sus bodas de plata, en la cual actuaron sus cantores y la Orquesta Sinfónica de Zaragoza. Gran labor la que viene realizando la Sociedad Oscense de Conciertos, trayendo a Huesca los mejores intérpretes españoles y extranjeros. Y cordial fusión de ideales y propósitos, de la cual habrán

de conseguirse frutos estéticos. Empresas afines, de un mismo vínculo y de un mismo propósito: la educación artístico-musical del pueblo; el sumar más y más adeptos a la buena música. Ambas entidades merecen que se les proteja sin tasa.—*Ricardo del Arco.*

*José Antonio Martínez Bara, premiado.*

El Instituto Internacional de Genealogía y Heráldica que preside S. A. Real el infante don Fernando de Baviera y de Borbón y constituido por otras altas personalidades de la nobleza y de las letras, concedió en marzo último sus primeros premios a las publicaciones aparecidas en 1954 sobre Genealogía, Heráldica y Legislación nobiliaria. De 27 obras presentadas fueron seleccionadas y premiadas ocho. Uno de estos premios, el «Alfredo Basante de la Riva» de catálogos heráldico-genealógicos, fue otorgado a nuestro colaborador el oscense don José Antonio Martínez Bara, jefe de la Sección de Consejos del Archivo Histórico Nacional, por su obra *Catálogo de Títulos y Grandezas del Reino*, redactada con su compañero don Eugenio Sarrablo. Nuestra cordial enhorabuena.—D.

*Sociedad Oscense de Conciertos.*

La sesión musical número 37 de esta Sociedad, correspondiente al mes de abril, estuvo a cargo de la Agrupación de Cámara del Trío Gebel, de Hamburgo, dirigido por Ulrich Gebel, flautista, más clavicémbalo, violines, viola, violoncello y contrabajo. Es la segunda vez que ha actuado aquí, repitiendo también el éxito en la interpretación de sendos conciertos de Corelli, Haendel, Telemann y Vivaldi. En los tres últimos lució la maestría de estos profesores, quienes, además, dieron cinco fantasías del compositor inglés Purcell y un «andante» de Mozart. Justeza y precisión caracterizan la labor de esta agrupación alemana, que fue muy aplaudida.

En la audición del mes de mayo, la eminente pianista aragonesa Pilar Bayona nos dió versiones magníficas en un programa de triple matiz: en la primera parte, clásica, Gluck, Bach y Beethoven, éste con la estupenda sonata en *la bemol*, opus 110, de la última época del genial compositor, y por ello erizada de dificultades, que Pilar Bayona salvó con suma facilidad, matizando la partitura insuperablemente. La segunda parte estuvo dedicada a compositores modernos: Khatcha-